Náufragos del desierto

José Ramón Ortín Navarro

Náufragos del desierto

José Ramón Ortín Navarro

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
©José Ramón Ortín Navarro, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-36-3
IBIC: FF
DEPOSITO LEGAL: M-11208-2024

Para Mariama, el camino de vuelta fue difícil, pero fue posible

CAPÍTULO I

PARÍS . RUE GABRIELLE, 49

Los adoquines de la *rue Gabrielle* brillaban mientras la niebla no cesaba en su lento descenso. Era como si la neblina blanquecina de la noche, haciéndose densa por momentos, intentara llegar al pavimento y apagar el reflejo de la amarillenta luz que daban las escasas lámparas de la calle.

El reloj marcaba las siete de la tarde en una noche de noviembre fría y cerrada. Apenas se podían distinguir dos transeúntes que se dirigían, con paso rápido y decidido, hacia la *rue Ravignan*, en busca de la farmacia del distrito. No se podía apreciar la preocupación en sus rostros, pero si su urgencia ya que, el hombre aventajaba en un par de metros a la mujer que intentaba seguir su paso con dificultad. Los *stilettos* rojos que calzaba hacían que tuviese que acertar con su tacón de aguja en el centro de cada uno de los adoquines que pisaba. Conforme bajaban la calle, los pasos de ella se hacían más latentes, confundiendo su retumbar con un fantasmagórico eco en aquella oscura calle.

Apenas unos metros antes de llegar a la farmacia, dos farolas del lado de los impares de la rue Gabrielle

permanecían apagadas, ocultando transeúntes, locales y viviendas. Estaban justo delante del número 49. La mujer se detuvo súbitamente y miró hacia un enorme ventanal del primer piso donde la iluminación estaba más cerca de ser un resplandor. Pudo apreciar un antiguo visillo amarillento que cubría las espaldas de una anciana que, inmóvil, parecía tener la mirada en el fondo de la calle. Algo le llamó la atención, por eso se detuvo, perdiendo el interés por el lugar a donde se dirigía y si iba acompañada de alguien.

En ningún momento se sentía observada por ella. Oculta por la niebla, escondida tras la oscuridad de esos escasos metros que rodeaban a las dos farolas fundidas.

A pesar de estar a unos cinco metros, podía sentir la tristeza que transmitía el rostro de esa mujer. La miró fijamente y buscó el modo de consolarla con una pequeña sonrisa, pero tuvo que pasar más de un minuto, para que la anciana se percatara de la presencia de una persona, que la estaba observando en medio de esa espesa niebla. Justo en ese instante, alguien corrió el visillo y se situó al lado de ella, proporcionándole un pañuelo con el que poder secarse las lágrimas.

La mujer de los *stilettos* permanecía absorta ante aquel pequeño cuadro ilusorio donde el marco azul cielo de la ventana proporcionaba vida a aquellos dos personajes misteriosos.

Una de las farolas luchaba por encenderse con un destello intermitente que, hacía presagiar que se

fundiría en cualquier momento. No fue así, de repente se iluminó como ninguna de las farolas de la calle, a la vez que el marido de la voyeur subía de nuevo la calle con una bolsa de farmacia en la mano y dándole un beso a su mujer, emprendían camino de vuelta. Algo, dentro de ella, le hizo girarse. El lienzo era negro, la señora y su acompañante habían desaparecido. Resignada, no encontró consuelo al alejarse. Le hubiera gustado conocerla, al menos.

Los escasos locales comerciales que había en esa calle del barrio de Montmartre, ya se encontraban cerrados, solo la farmacia de guardia y un pequeño bar permanecían abiertos.

Cuando apenas se podía oír el taconeo en la lejanía de la calle y, la extraña pareja desaparecía del ventanal, la anciana entrelazó su brazo izquierdo con el derecho del hombre y, con un andar cansino y torpe, cruzaron el salón. Con sumo cuidado, él la ayudaba a sentarse en un sillón gris, deslizando su mano bajo la nuca y en un ejercicio de cariño dejó caer la cabeza en un cojín, que sujetaba con la otra mano.

—¿Estás cómoda, Isabelle?

—Cómo no lo voy a estar, Dominique. Siempre estás a mi lado. En los buenos momentos y en estos que, no lo son tanto. Le agradecía, a la vez que pasaba el húmedo pañuelo por su envejecido rostro.

Este no era un día cualquiera para ellos. Este era el último día de una vida conocida y mañana sería el primero de otra vida desconocida. Juntos, durante más

de treinta años, habían sido cómplices de asesinatos sin resolver, conspiradores de rupturas matrimoniales, encubridores de defensores de la correcta moral. Mañana, Dominique Martin cumplirá 67 años.

—¡Mi querida, Isabelle, aún recuerdo aquel atardecer en Burdeos en el Espejo del Agua de la Place de la Bourse!

—*Oui* —decía, con una pequeña sonrisa, Isabelle.

Ambos se sentían atrapados por los recuerdos, como si estuvieran abocados a repetir una y otra vez el error del pasado, sin dejarlos atrás. Habían aceptado lo que ocurrió ese día en Burdeos, como parte de su vida, quedando alejados del presente.

—Han pasado casi veinte años y recuerdo que estábamos solos. Los reflejos del agua en el atardecer eran pura magia y no parabas de mirarlos. Tu mirada estaba perdida, y yo, no conseguía detener mi carrera sobre el agua de la plaza, alargando Isabelle cuanto podía su mano para intentar tocarle.

Dominique intuyó su invitación y tomó su mano con fuerza, con tanta, que aceleró el corazón de ella y cerrando los ojos no pudo más que confesar lo mismo que su secretaria estaba pensando.

—Nuestros cuerpos viajaban por mundos tan distintos a los de nuestras mentes que estábamos abstraídos en un recuerdo que no nos dejaría para el resto de nuestras vidas. Solo llegamos cinco minutos tarde —dijo Dominique; y el silencio tomó su protagonismo. Él seguía estrujando la mano de ella.

—No pudiste hacer nada más por aquella chica, Dominique. Cruzaste Burdeos tan rápido como pudiste, pero los secuestradores sabían desde un principio que si recibían el rescate matarían a la niña.

—Ya lo sé, y aunque avisé a la familia de no hacer efectivo el trueque del millón de francos por la niña, siempre tuve la esperanza de ir por delante de ellos, pero fallé —dijo Dominique, levantándose de forma súbita del sillón y buscando en la mirada de Isabelle su perdón.

Ella levantó lentamente su cabeza y lo miró con compasión.

—Fueron unos meses muy complicados. La imagen de Claire, esa niña rubita, de cinco años, no salía de nuestros pensamientos, y sobre todo de los tuyos, que tuviste la fatalidad de encontrarla sin vida, con una bolsa de plástico cubriendo su cabecita.

—¡Dejémoslo de una vez! Si tenemos que acordarnos de ese día en Burdeos que sea porque allí, sentados encima del agua de aquella plaza, decidimos que nuestras vidas estarían unidas hasta el último día que trabajara como detective privado y, «voila», ha llegado. Mañana cumplo 67 años y me jubilo. Mis días, como salvador de causas perdidas, han llegado a su fin.

—El tiempo me dará la razón y sé que todos tus casos han hecho mella en tu alma para sentirte herido. Huir de tu vocación no va a hacer que encuentres la felicidad que tanto tiempo llevas buscando —murmuró Isabelle, luego respiró y continuó diciendo.

—Yo tengo setenta y ocho años y, aunque recibo una nómina del gobierno francés todos los meses, no me considero una pensionista. Me siento la secretaria del mejor detective de Francia y, estas últimas horas son un camino pedregoso y lleno de curvas que me conducirán a mi destino final. Una meta a la que nunca quise llegar. ¡Dejaré pasar el tiempo hasta que llegue mi final! —Terminaba la anciana de muy mal humor, cogiendo el mando a distancia de la televisión, a la vez que subía el volumen de un programa de televisión que a ninguno de los dos interesaba.

Dominique sabía que lo mejor, en esos momentos, era dejar pasar el tiempo. El silencio era la mejor medicina para calmar tanto dolor en Isabelle y sobre todo, la pena de no poder aceptar que ambos cerrarían el libro de sus vidas. Ella siempre había soñado con un buen final y así, se lo había pedido en los últimos años.

—Sabes, Dominique, caso tras caso, han sido capítulos que vamos escribiendo en nuestra historia. La tinta de nuestras plumas es negra y apenas se puede borrar de nuestras vidas. Estoy orgullosa de cómo lo estamos haciendo. Ya sabes que cuando un autor escribe su obra, es tan importante el comienzo como el final, cuyo desenlace cierra tanto tiempo expuesto al papel y la tinta —le decía Isabelle, intuyendo que el fin se acercaba.

—Ya lo sé, Isabelle. Han sido tantos años y fue tan bonito el principio —sonreía el investigador, a la vez que ella se contagiaba con las palabras de él.

—Aquel día andaba por las calles de París, sin rumbo, no quería llegar a mi casa. Allí no me esperaba nadie, y si por alguna casualidad hubiera alguien, habría sido Pierre, mi exmarido. Avenidas, callejones y plazas, las transitaba ausente de todo lo que me rodeaba, pensando únicamente en buscar el motivo por el que Pierre me estaba engañando. Apenas estaba en casa, era distante conmigo, su perfume, demasiado tiempo con el móvil y sobre todo tenía algo en la mirada que le hacía tener una ilusión que antes no tenía. De repente alguien salió a gran velocidad de un portal y se dio de bruces conmigo —riéndose Dominique e Isabelle.

—Casi te tiro, ¿recuerdas? Si no es por la marquesina de la parada del autobús, hubieras caído de espaldas a la acera.

—Lo recuerdo como si fuera ayer. Apenas te disculpaste conmigo y colocaste esa horrible placa en el lateral del portal. Dominique Martin. Detective Privado 2.ºA con su número de teléfono. Pero al verte, tuve una corazonada. Solicité tus servicios, te hiciste el importante y accediste, tras pensártelo unos diez segundos —continuó diciendo Isabelle.

—¡Que ridículo! —contestó Dominque. Te encaminaste hacia el ascensor para subir al segundo piso, y yo te agarré del brazo y te dije que mejor sería hablarlo en una de las mesas de la cafetería de la esquina. Tú te negaste, te liberaste de mí y llamaste al ascensor. No tuve más remedio que seguirte, meterme en el

ascensor y subir al 2.ºA —dijo Dominique, sintiéndose aun avergonzado, después de tanto tiempo.

—¡Me encantó! Cuando entramos en el piso y vi en el pasillo cajas de cartón apiladas y al fondo, tras una puerta con un cristal traslucido en la parte superior, se encontraba el que debería ser tu despacho. ¿Recuerdas? Intenté abrir la puerta y me quedé con la manivela en la mano. Me bastó con una patadita en la parte inferior para poder entrar. Maravilloso. Un escritorio del siglo pasado, con un trozo de cartón en la base de una de las patas, dos sillas embaladas con un plástico de burbujas y una pared con tiras de papel colgando, dejando ver en muchos sitios un rosa horroroso.

—Como si te viera. Entonces cogiste una de las sillas, quitaste el plástico y la pusiste al lado del escritorio, diciéndome, «este va a ser tu primer caso. Siéntate». Me senté sin hacer ningún comentario, no porque no tuviera motivos para hacerlo, sino porque no daba crédito a lo que estaban viendo mis ojos. Dejaste el bolso encima de mis piernas y te sentaste sobre el escritorio, justo enfrente a mí.

—Te pusiste tan rojo como un tomate.

—Y, ¿qué querías que hiciera? Aunque sin darme cuenta, conforme ibas avanzando en tu historia, el rubor fue desapareciendo, interesándome cada vez más en mi primer caso.

—Seguiste a mi marido por tierra, mar y aire, descubriendo que no solo me engañaba a mí, sino que tenía una doble vida, llena de promesas ficticias, con

nueve mujeres más. Su trabajo le permitía estar en distintas ciudades por temporadas pequeñas, teniendo una princesa en cada puerto. Yo apenas tenía alguna esperanza. Al descubrirme los tres primeros, sentí curiosidad por saber hasta donde era capaz de llegar Pierre y te pedí trabajar en el caso, como una ayudante ocasional. Estaba vigilando a mi marido.

—Como disfrutamos esas semanas. Ciudad por ciudad fuimos los dos juntos: Amsterdam, Berlín, Hannover, hasta llegar a Madrid, la última. Nos presentamos en sus casas y hablamos con los maridos de las chicas. Ellos no eran capaces de creerlo , aunque fueron más incrédulas ellas. Todas tenían proyectos con Pierre, de familia, negocios e incluso, algunas tenían hasta fecha de boda, como le pasó a Celia, quien estaba inmersa en los preparativos de nupcias para dentro de seis meses —decía Dominique alardeando sobre la resolución del caso.

—Pobre, Celia —apostillaba Isabelle.

—Cuando llegamos a su casa y su novio Nicolás nos abrió la puerta, en Madrid, les bajamos a los dos a la realidad. Él se quedó inmóvil, en la silla de la cocina y su mujer desapareció de nuestra vista, personándose de nuevo con un vestido de novia entre sus brazos, llorando como una magdalena y gritando al cielo «nos íbamos a casar dentro de seis meses».

—Yo solo miraba a su pareja. Me hubiera gustado estar dentro de su cabeza y lograr comprender cómo iba a contraer matrimonio con otro hombre, cuando

hipotéticamente era totalmente feliz con su prometido —ironizó el detective.

Recordaron en esos primeros momentos del año, su primer caso. Luego vino la propuesta de Dominique, ya que iba a necesitar una ayudante y la confirmación de ella. Isabelle necesitaba una ventana abierta en su vida que le hiciera escapar de aquella cárcel en la que estaba presa.

—Ese fue nuestro maravilloso principio, y solo deseaba que al final, el cierre no fuera una mera despedida, como la que quieres hacer con tu jubilación. Debe ser una estructura sólida que sostenga nuestra historia. Cerrar mal un libro es dejar descontentos a los lectores, y en este caso ellos, somos nosotros.

Sin apenas hacer ruido, él se levantó de su sillón y fue a la cocina para hacer la cena de los dos. Cerró la puerta con sumo cuidado y tras ponerse un delantal de rosas rojas, tomó dos huevos y los batió con toda la energía que no había podido mostrarle a su secretaria. Picó tres dientes de ajos tiernos en trocitos diminutos, encendió la campana extractora, luego puso un poco de aceite en la sartén y vertió los huevos batidos en ella.

El ruido del extractor era ensordecedor y aunque a él no le gustaba ponerlo, se sentía obligado ante las continuas reprimendas de Isabelle por los gases que despedía. Sabía que su utilidad era nula, pues lo único que hacía era producir un zumbido metálico, y no tuvo

otra alternativa que abrir una pequeña ventana que daba al patio de la vivienda.

Nada tenía sentido esa noche. Como un matrimonio enfadado, mostraban su disgusto con la lejanía y la indiferencia. Abstraídos del presente, intentaban alejarse el uno del otro mediante la distancia y el sonido estridente de los anuncios televisivos o de la campana extractora.

Las puertas de la cocina y del salón estaban cerradas. En medio de la casa, en un largo pasillo, se podía distinguir una pequeña mesita sobre la cual había una lámpara que siempre mostraba una luz tenue, y un teléfono góndolade color amarillo.

«Ring, ring, ring…» —no paraba de sonar el teléfono sin que ninguno mostrara interés por saber quién llamaba a esas horas de la noche.

Cesó, pero pasados cinco minutos, el teléfono volvió a sonar.

«Ring, ring, ring…» —el sonido era agudo y ensordecedor. Quien fuera el que estaba marcando el número de teléfono , no parecía cejar en el empeño.

De repente, la puerta del salón se abrió e Isabelle, tan rápido como pudo, caminó hasta la pequeña mesita, no sin preguntarse: «dónde se había metido Dominique».

—¡Aló! —contestó de forma seca y breve. Invitando así, a la persona que había al otro lado del teléfono, explicara por qué era tan importante llamar a esas horas de la noche. En otro momento, ella

hubiera cambiado la breve contestación por una amable respuesta, dejando un poso de ternura, educación y predisposición.

—Buenas noches. ¿Podría hablar con Dominique Martin?

—¿De parte de quién? —respondía intrigada ante el extraño acento de la persona que hablaba.

—Dígale que mi nombre es Mariama Mbaye.

Isabelle dejó el auricular delicadamente sobre la agenda que estaba encima de la mesita y se dirigió hacia la cocina, donde se escuchaba el sonido de la campana extractora.

—Dominique. Tienes una llamada —dijo, marchándose tan rápido como pudo, sin mostrar interés en saber si le interesaba o no.

Isabelle regresó al salón y se sentó en el sillón. Estaba impaciente, no quitaba la vista del pasillo, quería comprobar si Dominique tomaba la llamada o no. Era como si se hubiera congelado el tiempo , ya que pasaban los segundos y nadie se asomaba.

—¡Dominique! ¿estás sordo? Preguntan por ti al teléfono —insistía Isabelle por segunda vez, esta vez dándole un pequeño pellizco en el brazo.

—¿Quién me llama? —respondíió en tono alto, tras girarse y comprobar que el pinchazo que había notado en su brazo era por la presencia de Isabelle a su espalda.

—¡Mariama Mbaye! —se oyó a lo lejos, mientras Isabelle se retiraba.

En una milésima de segundo, el rostro de Dominique se transformó. Sus músculos faciales se tensaron de tal forma que era perfectamente visible al estado de sorpresa y estupor en el que estaba sumido.

Al escuchar aquel nombre, sus recuerdos retrocedieron en el tiempo. Recordó perfectamente ese nombre, la cara de ella, el lugar. Todo. Difícilmente se olvidan esas cosas, y no daba crédito al hecho de que Mariama se cruzara de nuevo en su vida.

Los escasos metros que le separaban del teléfono fueron suficientes para hacerse un millón de preguntas, sin obtener respuestas. ¿Por qué después de tanto tiempo era la primera vez que tenía noticias de ella, quizás pretendía coaccionarle o, chantajearle, aunque el delito hubiera prescrito?, ¿es posible que quisiera denunciar públicamente lo que sucedió?

—¡Buenas noches! Soy Dominique Martin. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo dubitativo y con altibajos de voz, que no hacían otra cosa que, evidenciar su estado de nerviosismo.

Podía sentir, a través del auricular, la agitada respiración de ella. Inspiraciones llenas de ira contenida, expiraciones plenas de esperanza.

La espera se hacía eterna y Dominique, impaciente, volvió a preguntar.

—Hola ¿sigue usted ahí?

—Sí, Dominique. Demasiados años pensando en usted y ahora me encuentro paralizada, sin habla y con multitud de preguntas sin respuesta. ¿Me recuerda?

—Por supuesto, Mariama. Como si fuera ayer. Ha pasado mucho tiempo, pero no ha habido una sola noche en la que no haya maldecido lo que ocurrió ese día. He llorado, como solo lo sabe hacer un hombre, en silencio. Sin lágrimas, con gran dolor. Demasiadas noches sin dormir —condesó y al no haber respuesta siguió hablando.

—Nunca supe cómo encontrarte. Busqué por todos los rincones de Francia, pero nunca hallé indicios de tu existencia. Ante la posibilidad de verte de nuevo, desconfiaba de mi conciencia y dudaba entre pedirte perdón o tener la ilusión de poder sentirte todos los días. Con dieciséis años eras una niña y me aproveché de ti —le pareció escuchar algo al otro lado de la línea, pero no fue así, y continuó diciendo:

—Eras una presa fácil que buscaba el consuelo en cualquiera que te diera algo de cariño y confianza. Fui un tonto y un inmaduro, que tan solo supo ver el atractivo cuerpo de una mujer.

Al otro lado de la puerta del salón, Isabelle estaba pegada a la puerta, intentaba escuchar lo que él decía. Apenas entendía frases completas, debido al tono tan bajo con el que hablaba Dominique, pero oyó lo suficiente como para adivinar, que no era una llamada cualquiera y, si pensaba que sabía todo de su jefe, se equivocaba.

—Mi llamada no tiene otra intención que la de contratar tus servicios —respondió Mariama,